

# La magia de Uslar Pietri

César Leante

Mucho antes de que la definición «realismo mágico» se pusiera en boga, el escritor venezolano Arturo Uslar Pietri, fallecido recientemente (26-02-2001) a la larga y fructífera edad de 96 años, ya la había empleado para caracterizar justamente a la narrativa latinoamericana. Ciertamente que la expresión provenía de las artes plásticas y que había sido emitida por el crítico alemán Franz Roh. Pero su traslado a las letras del Nuevo Continente fue efectuado por Uslar Pietri, quien en 1948 escribió a propósito de la literatura de ficción hispanoamericana: «Lo que vino a predominar en el cuento y a marcar su huella de manera perdurable fue la consideración del hombre como misterio en medio de los datos realistas. Una adivinación poética o una negación poética de la realidad. Lo que a falta de otra expresión podría llamarse realismo mágico».

El acuñador de este término que tanta prosperidad tuvo en América Latina recibió en 1991 el que es quizá el premio literario más importante de este continente, el Rómulo Gallegos. Lo otorga Venezuela y entre otros lo han recibido escritores de tanto prestigio como Vargas Llosa por *La casa verde* y Carlos Fuentes por *Terra Nostra*. Uslar Pietri lo mereció por su última novela, *La visita en el tiempo*, que tiene por protagonista a Don Juan de Austria.

No fue la primera vez que Uslar Pietri era objeto de distinciones literarias, pues en 1990 le había sido acordado el premio Príncipe de Asturias y ya antes, en 1973, el de Periodismo Literario Miguel de Cervantes, germen tal vez del actual Premio Cervantes. Lo obtuvo por su artículo «Los expulsados de la civilización», y no sale sobrando citar siquiera un fragmento de esta réplica suya al profesor inglés Kenneth Clark, que en su obra *Civilización* había dicho: «Este libro trata de la civilización y podemos escribirlo sin necesidades de nombrar al mundo hispánico». A lo que Uslar Pietri respondió: «En el libro de los hechos, en el libro de las palabras y en el libro de las artes del mundo occidental, no se puede escribir una página sin tener que nombrar al mundo hispánico». Y demostraba por qué.

Toda la obra de Arturo Uslar Pietri pertenece no sólo por filiación sanguínea sino por esencial cultural al mundo hispánico, en su caso al mundo

hispanoamericano. Como Miguel Ángel Asturias, como Alejo Carpentier, desde París volvió sus ojos a las tierras de América, en una toma de distancia y perspectivas. Pues lo real es que a pesar de amar entrañablemente la capital de Francia (y hay una página soberbia de él sobre este amor) no hay en toda su creación la menor sombra de afrancesamiento, lo cual no ocurre con Carpentier. Por el contrario, está afincada raigalmente en el suelo americano. Si *Las lanzas coloradas*, la primera novela que escribió y fue publicada en Madrid en 1931, es la reconstrucción de un momento crucial de la lucha independentista venezolana, *El camino del Dorado* (1947) insiste en este rastreo nada arqueológico de sus patrias grande y pequeña (España y Venezuela); y todas sus novelas subsiguientes se apoyarán en el escabroso, complejo, real mágico devenir de Venezuela, que es decir del enorme territorio que huye del río Bravo hacia abajo.

¿Es, entonces, Uslar Pietri un novelista histórico? Sí, si por novela histórica se entiende la utilización literaria de hechos y personajes verídicos significativos. Pero, atención, la historia no como crónica, acontecer, sino como sustancia solamente; en otras palabras, como metáfora, lo cual le permite que el ayer sea presente o intemporalidad. Si, como Uslar ha declarado, en sus textos él busca «expresar la condición humana que está en mí, lo que tiene de común con los hombres que comparten mi destino histórico», esta meta trascendental (y perdóneseme lo pomposo del término) es lo que le concede libertad para rebasar el acontecimiento y a los seres que utiliza para inscribir a uno y a otros en la región autónoma de la creación artística, en esa otra realidad que es la literaria. De aquí que los personajes de sus novelas *Un retrato en la geografía* (1962) y *Estación de las máscaras* (1964) sean ante todo ficciones, aunque detrás de ellas estén las sombras de Juan Vicente Gómez y la Venezuela de la presidencia de Rómulo Gallegos.

Seis novelas cuentan en el haber de Uslar Pietri (si bien más de 70 fichas de obras suyas registra el catálogo de la Biblioteca Hispánica de Madrid); sin embargo, y a pesar de haberla compuesto a los veinticinco años, para muchos críticos *Las lanzas coloradas* sigue siendo su aporte más admirable a este género. En efecto, aquí hay logros estilísticos suyos sorprendentes, como la espléndida belleza de su lenguaje, de adjetivación inusitada. Por ejemplo: «Marchando por la orilla vieron celebrarse el violento crepúsculo... Los colores se fueron *madurando* de sombra». (Énfasis mío). Prosa plástica, vibrante de colorido, que más que describir, pinta. Se ha resaltado también la solidez de su estructura, y algo fundamental en el tipo de novela que Uslar ejerce: que el ámbito, la recreación del mito, en suma, lo mágico-real, son más importantes que las figuras y el tejido anecdótico.

Pero Uslar Pietri no era tan sólo un narrador; era también un hombre de pensamiento que por su ejecutoria pública había tenido que reflexionar sobre su oficio más querido, la literatura, no únicamente desde la creación artística en sí, sino en relación con la sociedad, con las ideologías, aun con la política. Al fantasma del compromiso que recorrió las letras hispánicas de Madrid a Buenos Aires, en la década de los 60, lo enjuicia así: «Pertenecer como escritor a su tiempo significa ser receptivo a las corrientes estéticas imperantes (...) dar en la obra los contenidos de todo orden, en modo alguno exclusivamente los de orden político, sobre todo de la vertiente marxista, que ha usurpado el sentido del compromiso».

Trasladada al campo social, esta objetividad le permitió distanciarse de cualquier dogmatismo o absolutismo, a pesar de haber estado inmerso a lo largo de su extensa e intensa vida en contiendas cívicas de su país, fustigando en los últimos tiempos la pésima gestión gubernamental de Carlos Andrés Pérez, su demagógico populismo que llevó a la bancarrota a Venezuela al despilfarrar alegremente los míticos petrodólares durante el *boom* de este oro negro venezolano. Polvos aquellos que trajeron los lodos del golpe de Estado que el actual presidente de Venezuela, el coronel Hugo Chávez, intentó dar y que fue felizmente abortado entonces, pero en los cuales, lamentablemente, se enfanga en esta hora bajo el patronazgo del delirante y demagogo militar, que halló en Uslar Pietri, lógicamente, un opositor.

El lúcido y honesto pensamiento de Uslar se sintetiza en esta manifestación, que a la vez resume su vertical y nada fácil eticidad: «Siempre desconfié —dijo— de los planteamientos totalitarios y, en consecuencia, reclamé mi derecho a equivocarme, y defendí el mismo derecho para los demás. Y claro que pagué un precio por ello, porque hasta hace pocos años todo lo que no cabalgaba en la ola comunista o filocomunista pasaba a ser, sin más, sospechoso de fascismo. Bien, muchos mitos se han desmoronado y yo he tenido la suerte de vivir para verlo. Pero no guardo rencor a aquellos que defendieron totalitarismos aberrantes, más en calidad de víctimas de su época que de verdugos».

Hermosas palabras que sólo pueden nacer de una conciencia limpia y serena. Otra magia de Uslar Pietri, que irreparablemente para las letras de dos mundos, se nos ha ido.



Eladio Dieste